

Los graciosos dibujos de Alejandra Rescaniére son acompañamiento adecuadísimo al arte de Ortiz Reyes; véase la delicada viñeta de la página 10, la ejecución infantil, sabiamente imitada en todas las ilustraciones.

Simache nos impresiona como la primera parte de una novela, como unas memorias de niñez. El lector queda esperando las memorias del adolescente y las del hombre, que nos darán acaso, si se escriben, apuntes complementarios para una visión integral del Perú.

CONCHA MELÉNDEZ,
Universidad de Puerto Rico.

XAVIER VILLAURRUTIA, *La hiedra*. Pieza en tres actos.—México, Nueva Cvltvra, Tomo II, N^o 1 (1941). 139 pp.

La pulcritud de la impresión revela que este breve libro fué hecho, bajo la dirección del autor, en la Editorial Cvltvra, de México, aunque no lleve pie de imprenta.

Dedicada *La hiedra* a la actriz María Teresa Montoya, ésta la representó, primero en los Estados y después en la capital de la República Mexicana.

Quienes lean esta obra, escribió el que esto firma, a raíz de su presentación en México, percibirán, entre otras sutiles alusiones, las que el autor hace a una tragedia clásica: *Fedra* —que rima con “hiedra”—, cuyo hijastro, de quien la protagonista en una y otra obras se enamora, conserva en ésta el nombre helénico: Hipólito.

Pero no se trata aquí de una nueva versión de la obra antigua, como algunas realizadas por Cocteau, Giraudoux y Lenormand. Villaurrutia sólo proporciona la referencia, para que el lector cultivado goce, a la vez, por la evocación y los contrastes. En *La hiedra*, parte de ese punto y se aleja de él, por caminos diferentes y, a la postre, casi opuestos. Toma por rumbos modernos, posteriores a Freud — como lo hizo, en algunas de sus obras, el último de los dramaturgos franceses mencionados.

En *La hiedra*, de un modo más humano y lógico que en la conocida comedia dramática *La enemiga*, el galán pasa del odio infantil al amor de juventud, a través de las represiones de la adolescencia; pero aquí hay de por medio otro amor, al que se sacrificará aquél calladamente.

Por el desarrollo de la obra, que va en marcha ascendente de principio a fin, Villaurrutia confirma la buena opinión que de él se tiene, como autor teatral, desde que se estrenó su primera comedia. Es un escritor que conoce bien el terreno que pisa, como lo demuestran, en esta obra, el manejo de los personajes —aun del episódico, Julia, cuya animosidad filial sirve para que Ernesto (reminiscencias wildeanas)

pronuncie frases sarcásticas—; las sugerencias de ambiente, actitudes y silencios, hábilmente aprovechados; el paralelismo de algunas situaciones, como las finales de los actos primero y último.

Con lo anterior, queda apuntado que *La piedra* es una pieza de calidad excepcional, por su construcción, por su delicadeza, por su ingenio. Además, está muy bien escrita. Es obra de poeta dramático, que aún se preocupa —y hace bien— por agradar al público. Sin excesivo lirismo lorquiano; refrenado en la emoción que, por ello, es justa. Mexicano, en fin, por todas esas cualidades.

Estrenada *La piedra* en el teatro Fábregas, a mediados de 1941, por la compañía de la primera actriz cuyo nombre figura al principio de esta nota, en excelentes condiciones, por lo que hace a interpretación, decorado, etc., el Consejo Técnico y Cultural de Espectáculos —que tiene la misión de estimular éstos— declaró en la sesión inicial de 1942 que había sido la mejor obra de teatro representada en la ciudad de México durante el año anterior.

La crítica y el público estuvieron de acuerdo sobre los méritos de *La piedra*, y el poeta Villaurrutia recibió merecidos homenajes.

FRANCISCO MONTERDE,
Universidad Nacional de México.

JOSÉ FULGENCIO GUTIÉRREZ, *Galán y los comuneros*.—Bucaramanga, Imp. del Departamento, 1939. 409 pp.

Este libro es indudablemente la obra más sólida y fundamental del ilustrado publicista don José Fulgencio Gutiérrez. En ella acomete la investigación de esa sacudida revolucionaria nuestra, genuinamente colombiana, con un acopio de información total que no se circunscribe a los meros hechos contemporáneos, sino que busca las raíces lejanas en los orígenes mismos del pueblo santandereano, en la legislación y las costumbres, en las creencias y la educación, en el abolengo racial y en todos los determinantes internos y externos que concurren a producir una modalidad dada, una tendencia y un espíritu. La obra representa, dentro de la historiografía colombiana contemporánea, el esfuerzo más serio y la realización más completa.

El minucioso examen documental realizado por Gutiérrez lo lleva a sentar esta tesis final: que la revolución de los comuneros fué la mayor hazaña nacional y que, por la levadura que dejó en el alma colombiana, debe considerársela como el primer paso de la revolución emancipadora.

De la documentación analizada por Gutiérrez se desprende claro y limpio el hecho protuberante de la espontaneidad del movimiento, de su abolengo castizo sin mezcla de doctrinas extrañas y perniciosas, de la